

Ruthann Williams, op

# Sanación y misión

Las mujeres en la Biblia



# Introducción

## MI PROPIA HISTORIA: UNA MUJER COMÚN

Mi intención al escribir esta historia no es sólo hablarles de mí sino también compartir mi experiencia de lo que significa ser mujer. A lo largo del ejercicio de mi ministerio con mujeres descubrí que mi historia no es solamente mía sino nuestra. Es la historia de una mujer común... que ha sido tocada, bendecida y curada. Dos son las razones que tengo para contarla.

La primera es asegurarles que no están solas en sus experiencias. Muchas de nosotras —aunque nunca lo admitamos— hemos caminado, corrido, volado o nos hemos arrastrado en los sueños y pesadillas de otras mujeres. Todas las mujeres lo sabemos. No están solas.

La segunda razón es decirles que, por más profunda que sea la herida, ¡Jesús siempre cura! Cura las hemorragias de nuestras heridas emocionales, las cicatrices y las marcas de nuestras almas torturadas. Nos devuelve a la vida cuando nos hemos abandonado a la muerte.

Dios siempre quiso que llegáramos a ser personas íntegras y santas. Podremos curarnos si nos abandonamos íntegramente en la manos de Dios.

¿Cómo puedo estar tan segura? Lo estoy porque, sentada aquí, en este día primaveral, veo el sol entrando por mi ventana. Y puedo gozar de este tiempo de primavera y de la luz del sol. Estoy segura porque conocí la oscuridad, el frío, el hielo y la muerte.

Yo era la mayor de una familia de seis hijos. Nací durante la

guerra. Crecí a la sombra de las nubes en forma de hongo de Hiroshima y Nagasaki.

Durante la guerra mi familia vagó por el país. Nos movíamos como gitanos. Al cumplir los nueve años habíamos vivido en Connecticut, Illinois, California, Nebraska, Arizona, nuevamente en Nebraska y Tennessee. Ni siquiera el tiempo pasado en esos lugares implicaba estabilidad. Recuerdo, por lo menos, cuatro diferentes casas en Nebraska y dos en Arizona. Antes de instalarnos en Nebraska yo era demasiado pequeña para acordarme claramente de lo que vivíamos aunque me parece recordar por lo menos dos o tres departamentos diferentes en Chicago. En Nashville, donde viví durante nueve años (excepto por dos períodos en otros lugares: uno en Colorado que duró seis meses y dos estancias como pupila en escuelas), puedo contar nueve residencias diferentes. No logro contabilizar la cantidad de escuelas por las que pasé porque, aunque nos quedáramos más tiempo en un lugar, cambiaba constantemente de colegio. Otras veces permanecía en la misma escuela pero nos mudábamos de casa. ¿Por qué? Honestamente no lo sé.

A pesar de que, en algunos aspectos, esa vida de gitanos era divertida, terminó hiriéndome. Construí “barreras defensivas” a mi alrededor porque sabía que algún día tendría que decir adiós. Pronto aprendí que decir adiós resultaba más fácil cuando nunca se había dicho ¡hola! Así que me volví desapasionada y fría; impenetrable.

Ahora sé, aunque me di cuenta de ello hace poco, que provengo de una familia a la que llaman “disfuncional”. Según los expertos eso me coloca junto al 96% de la humanidad. Sólo la falta de raíces alcanzaba para clasificarnos de esa manera. Además mi padre se emborrachaba en ocasiones, mi madre había sido muy herida emocionalmente en su niñez y una de mis hermanas sufría de asma crónica.

También tuve muy buenas experiencias durante mi niñez. No quiero dar la impresión de que era completamente infeliz. Aun-

que parezca increíble, mis padres me amaban y me estimulaban para que desarrollara mis talentos. En cierta manera me mimaban demasiado. Nos mimaban demasiado a todos. Mi madre solía reír y decir que probablemente era la única en el mundo que tenía “seis hijos únicos”. Tuve una educación maravillosa aunque errante. Desde muy temprano amé los libros, las buenas pinturas, el ballet y la ópera. El amor por esas cosas me acompañó toda mi vida y fue lo que me ayudó en los momentos de pesar y de dolor.

Pero la tristeza también invadió mi vida. Cuando tenía cuatro años, el padre de uno de mis compañeros me violó. Después me atropelló un auto. A raíz del accidente tuve que permanecer mucho tiempo en el hospital y mi recuperación fue muy lenta. Me quedó una cicatriz permanente, grande y fea, en la pierna. Cuando estaba en cuarto grado, el portero del colegio también se metió conmigo. En quinto grado, en un lugar muy alejado de este primer incidente, otro empleado del colegio me molestó nuevamente.

A los diez años ya había aceptado la responsabilidad de todo eso y me creía culpable de seducción, aunque no entendía muy bien lo que eso quería decir. A pesar de la edad que tenía cuando ocurrieron estos crímenes sexuales, me creía culpable. Después de todo me habían enseñado que yo era la que tenía el control de la situación. Las mujeres de mi época lo pensaban así y durante varios años más la mayoría seguiría pensando lo mismo.

Como muchas mujeres de mi edad crecí convencida de que el atributo más importante de una mujer era la belleza física. Ser inteligente estaba bien, aunque nunca había que hacer gala de ello delante de los hombres; pero ser hermosa era infinitamente mejor. Mi hermana menor fue y es una belleza, y así se la consideraba desde que era una niña. A mí, en cambio, me habían convencido de que no era atractiva. No sé si ahora soy atractiva o linda, o si soy pasable, pero en ese entonces pensaba que no lo era. En mi mundo eso representaba casi una herida mortal.

¿Cómo hubiera podido ser rescatada por el hermoso príncipe (que, por supuesto, era el sueño más importante de toda joven-cita) si era una de las hermanastras feas? No me estoy refiriendo al cuento de hadas con ligereza. En mi niñez, “bello” era sinónimo de “bueno”. Solamente la hermosa sería tocada por el hada madrina, iría al baile y se casaría con el príncipe.

Cuando cumplí los dieciocho, un año después de haber terminado el colegio, me casé para probar a mis padres que ya era adulta. Aguanté ese matrimonio durante siete años pero no voy a contar los detalles. Basta con decir que no fue una unión paradisiaca. Cuando finalmente nos divorciamos, me culpé a mí misma y acepté la culpa.

A los dieciocho también me independicé de Dios, de la Iglesia y de todas aquellas cosas que, según mi criterio, eran sólo necesarias para la gente “débil”. Durante veinte años sólo pisé la iglesia para asistir a casamientos de amigos y a algunos pocos funerales.

Encontré a un hombre y me enamoré de él, pero me negué firmemente a casarme. Eran los años sesenta y estaba en la gloria, participaba en marchas contra la guerra y usaba flores en mi cabello, despreocupada, inconsciente y completamente fuera de mi propia realidad. Mi vida no fue santa y no me enorgullezco de ella. Había aprendido que el sexo daba poder, tal vez el único poder que tenía una mujer, y lo usaba como tal. Así iban pasando los años.

Mi femineidad estaba herida, profundamente herida por otros y por mí misma (sin contar las heridas que yo misma infligí a los demás). Pero si en ese momento me lo hubieran preguntado, me habría reído. ¿Yo, herida? De ninguna manera. Sé todo lo que hay que saber para ser una mujer. ¿No había convertido ya mi vida en una historia exitosa, había terminado el colegio, me había graduado, había dejado atrás la época de los “hippies” y me había adaptado al mundo “real” del trabajo? ¿No me había moldeado en una nueva imagen de mujer profesional? ¿No po-

seo un hermoso departamento, vajilla de porcelana en mi mesa y un tapado de visón en mi ropero? ¿No tengo un negocio floreciente? ¿No vuelo en primera clase? ¿No es mi ocasional amante ese apuesto caballero que toda chica necesita para completar su lista de posesiones? ¿No soy libre, completamente libre?

Aunque en ese momento no me diera cuenta, la respuesta era “no”. Lejos de ser libre, estaba atada y amordazada por el mundo, por mi relación codependiente, mi aislamiento del resto de la humanidad, mi incansable egoísmo y por el odio a mí misma.

En 1975 murió mi padre. El último resquicio de apertura hacia los otros que quedaba en mí se cerró completamente. Con la muerte de mi amado padre, se desvaneció el único amor absoluto y completamente humano que conocí. Ya no quedaba nadie que me llamara “Princesa”, nadie que me amara por lo que era y no por lo que podía hacer. Furiosa con el “destino” que me lo había arrebatado, me encerré cada vez más en mí misma protegiéndome con dinero y bienes.

Pero Dios continuaba amando mi ser herido y lleno de errores. Se lo agradezco todos los días de mi vida. Le agradezco su interés por esta pobre mujer perdida. Le agradezco a Dios por introducirse en mi ser lisiado sin que se lo pidiera conscientemente. Le agradezco mi curación que continúa hasta ahora.

Hace dieciséis años, en una noche de abril, mientras bebía en la oscuridad de la galería de mi casa, Dios me atrapó con la guardia baja sin que yo me diera cuenta. Acababa de conseguir un cliente importante. Después de darle las buenas noches a mi amigo, sentía que tenía el mundo en mis manos. De pronto pensé: ¿Eso es todo?

La respuesta que Dios me dio es obvia porque aquí estoy: sin departamento, sin platería, sin visón y, ciertamente, sin caballeros que me llamen. Les puedo decir que nunca fui tan feliz en mi vida, porque ahora tengo todo lo que existe. Sería más exacto

decir que “Todo lo que existe” me tiene a mí.

Dios me curó de muchas cosas: de no haber querido nunca decir ¡hola! y de sentirme culpable por ser mujer, de definirme a mí misma por los hombres que pasaron por mi vida y de creer que el sexo es un arma, de creer erróneamente que otras mujeres eran mis enemigos naturales y de pensar que lo que hacía era más importante que lo que soy. Me curó de pensar que mi “pecado original” es ser mujer y me enseñó que mi femineidad es un don y un tesoro. Muchas de estas convicciones me llegaron a través de la oración, de vivir en comunidad con otras mujeres, de mi estudio de las Escrituras, de descubrir todas las maneras en que Dios ha bendecido y curado a las mujeres a través de los siglos. Eso es lo que me llevó a comenzar las jornadas de curación para mujeres. Eso, también, es lo que me llevó a escribir este libro.

Finalmente me di cuenta de que Dios estaba, está y estará siempre presente, no importa lo que ocurra. Cuando todo nos sale bien es fácil sentir su presencia. Pero aprendí a entender que cuando el mal está presente, él sigue estando ahí. Aceptar esto fue lo más difícil.

Durante años me pregunté por qué Dios había permitido que sufriera violencia sexual cuando era una niña tan pequeña. ¿Por qué Dios no lo impidió? ¿Por qué no se ocupó de mí?

Encontré la respuesta en la oración. Dios estaba presente. Ahora lo creía con todo mi corazón. Estaba ahí con todo el poder de su Espíritu, rogándole al hombre que se detuviera pero incapaz de detenerlo por la fuerza, porque en ese caso el don de la libertad hubiera sido una broma sin sentido. Creo también, con todas mis fuerzas, que Dios estaba ahí conmigo, llorando por la violencia, tratando de consolarme y sosteniéndome todo el tiempo.

¿Por qué tuvo que ocurrir todo eso? Simplemente porque el enemigo de nuestras almas se hace presente y, algunas veces, la

gente le presta más atención que al Dios de la verdad y la bondad.

Además, sé que, si se lo permitimos, Dios sacará un bien de la situación más desastrosa.

Dios consiguió convertir mis sufrimientos en algo positivo. ¿Cómo? A través de mi ministerio con las mujeres, cuyo resultado es este libro. Cuando comencé a dar las jornadas de curación para mujeres y conté mi historia, descubrí que —sin excepción— una, dos, tres o más mujeres se acercaban y me decían: “Hermana, nunca le dije esto a nadie pero cuando era chica...”. Entonces contaban algún incidente de abuso sexual. Y decían: “Nunca conseguí perdonarme. Siempre me sentí culpable. Pero ahora pienso que tal vez hay esperanza”. Rezo con ellas y continúo rezando por ellas porque sé que nuestro Dios cura todas las heridas, aun las más antiguas y profundas. Dios convirtió mi experiencia en algo positivo. Se lo agradezco todos los días. Me enseñó un camino de compasión, que me curó a mí y a través de mí a los demás.

Estoy segura de que cada una de ustedes tiene también una historia de curación, maneras en las que Dios las ha tocado y liberado. Agradézcanle esas gracias y, sobre todo, mantengan sus miradas en él mientras continúan el camino de curación bajo su poder y protección.

Lo que ha hecho por mí lo hará por ustedes, se los prometo. Nuestras curaciones pueden parecerse o no. Pero todas son curaciones que provienen de ese Dios que nos ama tanto que siempre trata de curarnos. Abran sus corazones a ese amor, a ese amor increíblemente tierno que abrazará y exaltará la femineidad de cada una de manera nunca antes imaginada.

Las dejo ahora con Dios y con mi trabajo de amor. Quiero que sepan que estoy rezando con ustedes y por ustedes mientras continúan en ese viaje de curación, a salvo en los brazos de Jesús.

### Eva ¿Culpable... o inocente?

Para empezar observemos a Eva, la primera mujer de la que tenemos conciencia. Todos conocemos el relato; casi lo mamamos con la leche materna. Más adelante lo volvimos a escuchar de personas que, con toda buena intención, eran también herederos y herederas de la tradición.

Para decirlo en pocas palabras, aprendimos a relacionar a Eva con la manzana, pasando por alto la Eva antes de la manzana y la Eva después de la manzana. Nos concentramos en el pecado, la pecadora, la mujer. Así crecimos como hijas de Eva, culpables del pecado original de ser mujeres. No sólo nuestra actividad sino también nuestro ser están, de alguna manera, afectados por ello. Somos responsables por todo el pecado y el sufrimiento que soportó la humanidad desde el jardín del Edén.

Pero todas conocemos esa realidad. No vale la pena detenerse mucho en ella. Dejémoslo de lado por el momento y miremos a Eva desde otro punto de vista.

Ni Eva ni Adán fueron creados malos. De hecho, Eva fue una de las obras maestras de Dios.

Miren a la mujer. Sólo por un momento, despréndanse de todos los preconceptos, todos los prejuicios, todas las expectativas. Simplemente miren a la mujer. Miren el cuerpo femenino y verán algo muy bello, algo muy hermoso, algo curvo y redondeado, algo formado para dar vida y nutrirla.

Pensemos en nosotras como cálices que deben llenarse con lo santo. Somos copas. Somos potencial para una nueva vida. So-

# Índice

## Introducción

|   |   |
|---|---|
| MI PROPIA HISTORIA: UNA MUJER COMÚN . . . . . | 5 |
|---|---|

## Capítulo 1

|  |    |
|--|----|
| Eva ¿Culpable... o inocente? . . . . . | 13 |
| LO FEMENINO . . . . .                  | 14 |
| PORTADORAS DE VIDA . . . . .           | 15 |
| PASIÓN . . . . .                       | 17 |
| CAPACES DE TENER COMPASIÓN . . . . .   | 18 |
| SABER JUGAR . . . . .                  | 19 |
| SER MUJER . . . . .                    | 21 |
| LA CURACIÓN . . . . .                  | 22 |
| ORACIÓN . . . . .                      | 23 |

## Capítulo 2

|  |    |
|--|----|
| Vasti y compañía. El alto costo de ser hermosa . . . . . | 25 |
| VASTI . . . . .  | 26 |
| ESTER . . . . .  | 29 |
| SUSANA Y BETSABÉ . . . . .                               | 30 |
| HACIA LA CURACIÓN . . . . .                              | 33 |
| ORACIÓN . . . . .  | 34 |

## Capítulo 3

|   |    |
|---|----|
| Rut y Noemí. El poder y la promesa de amistad . . . . . | 35 |
| CÓMO COMENZÓ . . . . .                                  | 35 |
| LA VUELTA A BELÉN . . . . .                             | 36 |
| UN EJEMPLO CONTEMPORÁNEO . . . . .                      | 37 |
| YO IRÉ ADONDE TÚ VAYAS . . . . .                        | 38 |
| EXPECTATIVAS . . . . .                                  | 39 |
| POSIBILIDADES . . . . .                                 | 40 |
| LA VERDAD LOS HARÁ LIBRES . . . . .                     | 41 |
| MIENTRAS TANTO EN BELÉN . . . . .                       | 41 |
| LA LEY DEL LEVIRATO . . . . .                           | 42 |
| ORACIÓN . . . . .                                       | 44 |

## Capítulo 4

|  |    |
|--|----|
| Las mujeres que reían. Alegrándose con lo inesperado de Dios . . . | 45 |
| LAS “ESTÉRILES” . . . . .  | 45 |
| LA “INCREÍBLE” . . . . .   | 47 |
| LA “MALDITA” . . . . .   | 48 |
| LA “DÉBIL” . . . . .   | 49 |
| LA “EXTRANJERA” . . . . .  | 50 |
| DIOS IRRUMPE EN NUESTRAS HISTORIAS . . . . .                       | 50 |
| ORACIÓN . . . . .  | 52 |

## Capítulo 5

|  |    |
|--|----|
| Nosotras, las heroínas. La vocación de la mujer . . . . .  | 53 |
| RAJAB: LA “VALIENTE” . . . . .   | 54 |
| SIFRÁ Y PUÁ: LAS “RESISTENTES” . . . . .   | 56 |
| LA MADRE LEVITA, LA HERMANA ATENTA Y LA HIJA DEL FARAÓN:<br>LAS “LIBERTADORAS” DE ISRAEL . . . . . | 56 |
| LAS HIJAS DE SELOFJAD: LAS QUE “BUSCAN LA JUSTICIA” . . . . .                                      | 59 |
| ABIGAIL: LA “INTELIGENTE” . . . . .  | 61 |
| LA NIGROMANTE DE ENDOR: LA “COMPASIVA” . . . . .   | 63 |
| LA CURACIÓN . . . . .  | 63 |
| ORACIÓN . . . . .  | 64 |

## Capítulo 6

|   |    |
|---|----|
| María, Madre de Dios. La intacta vasija de santidad . . . . . | 65 |
| EN UN PUEBLO LLAMADO NAZARET . . . . .                        | 66 |
| ¿DIRÍAN “SÍ”? . . . . .                                       | 67 |
| LA DONCELLA VALIENTE . . . . .                                | 67 |
| HACIA BELÉN . . . . .   | 68 |
| SÓLO EL COMIENZO . . . . .                                    | 70 |
| LA HUIDA DE HERODES . . . . .                                 | 70 |
| DE VUELTA EN NAZARET . . . . .                                | 71 |
| ELLA CREYÓ . . . . .  | 72 |
| LA FUERZA DE LA CRUZ . . . . .                                | 73 |
| MUJERES: MITO Y REALIDAD . . . . .                            | 74 |
| UNA HISTORIA DE MARÍA . . . . .                               | 75 |
| CURANDO EN JESÚS A TRAVÉS DE MARÍA . . . . .                  | 76 |
| VAYAN A MARÍA . . . . .                                       | 77 |
| ORACIÓN . . . . .   | 78 |

## Capítulo 7

|  |    |
|--|----|
| Isabel. Compañera en el plan de Dios . . . . .               | 79 |
| ¿CÓMO RESPONDEMOS? . . . . .                                 | 79 |
| LAS LECCIONES DE CURACIÓN DE ISABEL . . . . .                | 80 |
| LA VERDAD ACERCA DEL MAL (Y ACERCA DE LA LIBERTAD) . . . . . | 81 |
| DIOS ESTÁ AHÍ . . . . .                                      | 82 |
| LA VISITACIÓN . . . . .                                      | 82 |
| DIOS DESEA QUE EXISTAS . . . . .                             | 83 |
| EXALTANDO A LA PORTADORA DE CRISTO . . . . .                 | 84 |
| ORACIÓN . . . . .  | 85 |

## Capítulo 8

|   |    |
|---|----|
| La mujer junto al pozo. Un caso de co-dependencia . . . . . | 87 |
| ¿QUÉ ES LA CO-DEPENDENCIA? . . . . .                        | 87 |
| ¡YO NO! . . . . .   | 89 |
| ENTONCES, ¿POR QUÉ DECIMOS SÍ? . . . . .                    | 89 |
| JUNTO AL POZO . . . . .                                     | 90 |
| CONFRONTÁNDOSE CON LA VERDAD . . . . .                      | 91 |
| NO ES FÁCIL, PERO ES POSIBLE . . . . .                      | 92 |
| ÁMATE A TI MISMA . . . . .                                  | 93 |
| JESÚS TE CURA . . . . .                                     | 93 |
| ORACIÓN . . . . .   | 94 |

## Capítulo 9

|   |     |
|---|-----|
| María y Marta. Eligiendo las mejores partes . . . . . | 95  |
| EL PODER CURATIVO DE JESÚS . . . . .                  | 97  |
| MARTA . . . . .                                       | 97  |
| MARÍA . . . . .                                       | 97  |
| LIBERADAS PARA SER MUJERES . . . . .                  | 98  |
| CONSTRUYENDO EL REINO . . . . .                       | 98  |
| UNA EN LA FEMINEIDAD . . . . .                        | 99  |
| TÚ ERES EL HIJO DE DIOS . . . . .                     | 100 |
| EL RESULTADO DE LA CONTEMPLACIÓN . . . . .            | 100 |
| UNA DE LAS VENTAJAS DE SER MUJER . . . . .            | 101 |
| ORACIÓN . . . . .                                     | 102 |

## Capítulo 10

|   |     |
|---|-----|
| Talita Kum. ¡Niña, levántate! . . . . . | 103 |
|---|-----|

|  |     |
|--|-----|
| ¿QUÉ ES SER UN NIÑO? . . . . .                 | 103 |
| ESCUCHEN A JESÚS . . . . .                     | 104 |
| PRETENDER SER UN NIÑO . . . . .                | 104 |
| LA HIJA DE JAIRO . . . . .                     | 105 |
| SABIDURÍA IGNACIANA . . . . .                  | 106 |
| LA MUJER QUE PADECÍA DE HEMORRAGIAS . . . . .  | 107 |
| VETE EN PAZ . . . . .                          | 108 |
| NUESTRA PARTICIPACIÓN EN LA CURACIÓN . . . . . | 108 |
| ORACIÓN . . . . .                              | 109 |

## Capítulo 11

### María Magdalena.

|   |     |
|---|-----|
| La oración de las mujeres: una forma de curar . . . . . | 111 |
| NUESTRAS HERIDAS . . . . .                              | 112 |
| LOS MOLDES . . . . .                                    | 112 |
| ELLA MISMA HABLA . . . . .                              | 112 |
| LA MIRADA DE JESÚS . . . . .                            | 113 |
| PRIORIDADES . . . . .                                   | 114 |
| PERSPECTIVAS . . . . .                                  | 117 |
| EN LA CRUZ . . . . .                                    | 118 |
| EN EL JARDÍN . . . . .                                  | 119 |
| LO ÚNICO QUE QUIERO . . . . .                           | 120 |
| ORACIÓN . . . . .                                       | 122 |

## Capítulo 12

### Mujeres curadas y santas. Otros encuentros con Jesús . . . . .

|  |     |
|--|-----|
| LA MUJER CANANEA . . . . .                                 | 123 |
| LA VIUDA Y EL SENTIDO DE SENTIRSE INSIGNIFICANTE . . . . . | 124 |
| LAS DEMÁS . . . . .  | 125 |
| LA MUJER ENCORVADA . . . . .                               | 126 |
| ORACIÓN . . . . .  | 127 |

|                                    |     |
|------------------------------------|-----|
| Jesús las está esperando . . . . . | 129 |
|------------------------------------|-----|